

ROLAND TOPOR

El par de senos más
bello del mundo

Traducción de
DIEGO LUIS SANROMÁN

Prólogo de
JEAN-CLAUDE CARRIÈRE

ÍNDICE

PRÓLOGO. Jean-Claude Carrière, 7

MAL MOMENTO, LAS MAÑANAS, 15

MAGARI. (QUIZÁ), 19

TEATRO PÁNICO, 33

EL AMOR AL DÍA, 35

UNA FARSA, 38

VERY SELECTED OLD PRODUCT, 40

VELADA MORTAL, 41

REDUCCIÓN AL ABSURDO, 44

DENTISTA, 50

CUENTO DE NAVIDAD, 51

MAL GÉNERO, 54

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA, 56

PURE-PERTE, 61

EL PAR DE SENOS MÁS BELLO DEL MUNDO, 63

DR. JEKYLL Y MRS. HYDE, 73

TERMINUS, 75

LA BELLE ÉPOQUE, 76

LA PARÁBOLA DE LA OCA Y EL QUERUBÍN, 84

PÉNDULO, 85

BAR-ESTANCO PÁNICO, 93

FARMACÉUTICOS, 98

VILAIN O LA MANERA NEGRA, 99

EL BECARIO,	107
JUEGO DE ESPEJOS,	109
CIRUJANOS,	112
ÉRASE UNA FE,	113
LA MUJER BARBUDA,	120
EL CAMINO FÁCIL,	121
FLASHBACK,	122
LA MUERTE DE LOUIS ARAGON,	126
BLIND DATE,	127
EL CLUB DE LOS MANCOS,	138
POR RESPETO A LAS CONVENCIONES,	142
LA CERA Y LA HOGUERA,	145
CRISIS DE CIVILIZACIÓN,	156
EN FERROZ COMBATE,	160
CONCORDE,	175
EL SECRETARIO DEL GOBERNADOR,	176
EL ACONTECIMIENTO DE LA TEMPORADA,	181
MI MUSA Y YO,	182
LA PERLA RARA,	193
MÉDICO PÁNICO,	195
LA NARIZ NUEVA,	198
BAR PÁNICO,	205
EN TODOS LOS CAMPOS DE BATALLA,	207
LA ESTRELLA,	214
ESTUDIO PÁNICO,	215
RESTAURANTE PÁNICO,	217
A LA INGLESA,	219
ANIVERSARIO DADÁ,	222
BLUES PARA GASTON,	223
ZOLL,	228

PRÓLOGO

A ROLAND LE CUESTA levantarse. Lo sé desde hace tiempo. Sus amigos han hecho de todo para luchar contra esa debilidad: en vano. Cada vez se levanta más tarde, con el rostro arrugado, de mala leche, sin peinar todavía, gruñón. Y se reúne conmigo con apenas una hora de retraso. Se ha puesto un pijama debajo de su traje gris. Sin duda ha dormido en camiseta.

Le propongo tomar un café. No dice ni sí ni no. Creo que pasa. Durante tres o cuatro minutos permanece en silencio, luego se frota los ojos y comienza a contarme sus sueños (yo los anoto a hurtadillas, en un cuadernito, bajo el velador del café Pánico).

Cuando nos citamos, ya sea invierno o verano, no tenemos que precisar el lugar: es siempre en el café Pánico.

En los sueños de Roland hay de comer y de beber. Sobre todo, de beber. En ellos aparecen su amigo Peigne-Cul, Bibi, que ha olvidado sus amígdalas sobre un taburete, Robin Dubois, Queue-de-Rat y el cardenal Combite, una respetada eminencia. El señor Morova se pasa de vez en cuando, aunque es un hombre muy ocupado.

Le dejo seguir. Tomo notas. Poco a poco, sus sueños se convierten en historias aparentemente organizadas, y súbitamente destruidas. En cualquier caso, en ellas vemos a la Gran Orquesta Gastronómica de París dar una serie de conciertos, entre los que el público puede apreciar una *Sinfonía para biscotes, platos en salsa y huesos con tuétano*. Podemos seguir también la cura de dolor del

doctor Boum (que mitiga un exceso de felicidad), encontrar un par de senos (muy bellos) que viajan de un cuerpo a otro, a marineros masturbadores (pero al compás), a una musa que sobrevive a un asesinato por estrangulamiento y a un dentista que desespera a Drácula.

Un desconocido en la mesa vecina (hay oídos por todos lados, es insoportable) nos dice que eso tal vez sea demasiado. Y que costará tragárselo. Yo le digo: «¿Cómo que costará tragárselo? Cuando resulta que cada día ve usted en la televisión a un jefe de Estado que bombardea su propio país y, en el nuestro, a policías que detienen a sus colegas. ¿Y eso qué, eh? ¿Eso costará tragárselo?».

El hombre lo reconoce.

Al comienzo de la tarde, después de dos o tres copas, Roland comienza a relajarse. Mira a la gente que pasa, se ríe sarcásticamente, anota dos o tres cosas en su cuaderno (¿notas, dibujos?). De repente se distrae, como si no oyese lo que le digo (por otro lado, no le digo nada; también yo estoy a la espera), luego se agita en su silla, tiene hambre, examina a una chica que pasa, me pregunta: «¿Crees que me hace falta un prólogo?».

Como si me dijese (lo conozco): «¿Crees que yo solo no basto? ¿Crees que hace falta que alguien escriba antes que yo? Como las liebres, en los estadios, en las carreras de fondo. O como esos que caldean los teatros. O esos otros que abren un sendero a machetazos en la selva virgen».

Yo le respondo que un prólogo no es necesariamente un prefacio, y viceversa.

Él ya lo sabía. Ya ha leído prólogos y algunos estaban tan bien escritos, me dice, que prefirió no seguir.

Incluso hace tiempo que sueña, añade (y yo doy fe de ello), con hacer un libro compuesto únicamente por prólogos. Así se evitará, cuando llegue el momento de la lectura, todo riesgo de decepción. Por otro lado, ¿acaso no somos todos en el fondo pró-

—¿Cómo te llamas?

—Roland.

—¡Pobre Roland!

París, bajos fondos

(1952)

A los sábados de la Palette

MAL MOMENTO, LAS MAÑANAS

POR LAS MAÑANAS SIEMPRE me cuesta arrancar.

De entrada, cuando abro los ojos, necesito algún tiempo para saber dónde he aterrizado. Cuando no estoy en otro lugar, a veces estoy en mi casa, con la cabeza atrapada en un cajón o atascada en la biblioteca y los pies en el cesto de la ropa sucia. Acabo por encontrarme atravesado en la cama mientras una extraña frase me da vueltas en la cabeza: «Los filetes de salmón no están buenos». O alguna cosa parecida. Es algo que me inquieta, desde luego. «¿Pero qué me estoy contando? ¿Qué me estoy contando?». Apenas tengo tiempo de plantearme la pregunta y una respuesta me brota entre los labios: «Habría que tirar la pierna de cordero». ¿Quién ha hablado? El tono de mi voz es ronco, apenas humano. Me invade un sentimiento de malestar. Repito mecánicamente: «Habría que tirar la pierna de cordero al ascensor». No cabe ninguna duda: ¡mi voz no es mi voz! Es como para que te entre el pánico.

Y si el teléfono suena justo en ese momento, tengo que practicar la respiración artificial, yo solo, para no asfixiarme. Descuelgo, pero no necesariamente el auricular. Me pasa que descuelgo cualquier cosa. Con la boca seca, digo: «¿Sí?», pues es lo que hay que decir en tales casos. Pero mi «¿sí?» nunca viene solo. Farfullo cualquier cosa y después cuelgo al buen tuntún lo que haya que colgar, y para desviar la conversación tarareo la primera canción idiota

que me viene a la mente. *La Vie en rose* o *C'est si bon...* Tengo claro que hay algo que no cuadra... Que nado en aguas turbulentas. «¡Ay, ay, ay, me patina la neurona a base de bien!». Bueno, al menos esta observación parece de sentido común. Una intervención positiva, eficaz, destinada a calmar los nervios. Pues de eso nada, falso. Porque no digo: «¡Ay, ay, ay, me patina la neurona a base de bien!» una sola vez. ¡Repito la maldita frase cincuenta, cien, doscientas veces! Es como para ponerse furioso. La ducentésima vez que oigo: «¡Ay, ay, ay, me patina la neurona a base de bien!», me cojo un pellizco del muslo y me lo retuerzo hasta que sangra. Después de un rato, por cierto, ya ni siquiera digo: «¡Ay, ay, ay, me patina la neurona a base de bien!», sino: «¡Aya, me pat!», una abreviación mágica que repito indefinidamente: «¡Aya me pat Aya me pat Aya me pat Aya me pat Aya me pat!», mientras imito el ritmo de un tren.

Luego, gracias a Dios, acabo por volverme a dormir. En fin, la mayoría de las veces, porque hay mañanas en las que padezco de insomnio. Pero si no es el caso, entonces sueño. Un sueño banal: estoy en el Gran Norte canadiense, por ejemplo, y chapoteo en la nieve ensangrentada. Estoy acostumbrado a este tipo de cosas, no siento ni frío ni calor. Por lo general, me despiertan las ganas de mear. Cuando no puedo hacer otra cosa, me levanto y avanzo con prudencia hacia el cagadero, intentando evitar los trozos de cristal que hay por todo el pasillo y los clavos oxidados que sobresalen del piso. Mis pasos resuenan de una forma inquietante. ¿Estoy yo solo o me sigue alguien? Para estar seguro, pregunto: «¿Hay alguien ahí?». Nadie responde. No es tan tonto. Me digo que es el eco del pasillo el que provoca las alucinaciones auditivas y, antes de ir a mear, aprovecho para darle una pasadita a la casa. Al levantarme no soporto ver ceniceros llenos, vasos con restos de vinazo en los que flotan colillas destripadas, botellas vacías, migas de pan y corpezas de queso sobre la moqueta apestosa. Es el único momento del día en el que tengo suficiente energía para pasar la aspiradora.

Vacío los ceniceros, lavo los vasos, hago desaparecer las botellas vacías, en resumidas cuentas, que cuando voy a mear todo queda niquelado. Pero mientras meo, el recuerdo de las colillas en los vasos y las cortezas de queso enmohecidas me revuelve el estómago. Me meto los dedos hasta el fondo de la garganta para ayudar a mi cuerpo a que también él evacue todas las porquerías que contiene. De vez en cuando funciona, pero no siempre. A veces me paso dos horas así, con la cabeza dentro de la taza, esperando a que salga. ¡De todos modos, me encanta! Se oye el ruido del agua que gotea continuamente desde que la cisterna está estropeada... Resulta bucólico. En París se echa en falta la naturaleza. Por eso la gente se arruina comprando plantas. ¡Pero la naturaleza no es solo clorofila! También son torrentes, manantiales, cascadas... Pasado un rato, me siento mejor. Hasta el punto de que reúno las fuerzas para volverme a acostar. Enseguida me quedo dormido y, ¡zas!, camino al país de los sueños. Tengo que batirme contra ujieres que intentan arrebatar-me la almohada o sufrir los reproches de amigos muertos que me acusan de haberlos olvidado. O bien las más diversas mondaduras se escapan del cubo de basura y vienen a arrastrarse alrededor de la cama. Me rodean, me estrangulan... Me despierto con la sensación de ahogarme.

Aspiro grandes bocanadas de aire, lo que produce un silbido como si tuviera un agujero en la espalda. ¡Los pulmones, sin duda! Otro cáncer que alimentar. Me arrastro hasta la cocina para ver si quedan aspirinas. Revuelvo entre los medicamentos viejos metidos en la caja de zapatos que me sirve de farmacia. Con un poco de suerte, encuentro una tableta efervescente. Adoro el ruido que hace cuando se disuelve en el agua. Un ruido de ciencia ficción, en plan platillo volante con hombrecillos verdes... El *boogie-woogie* de la materia en plena desintegración. Antes de tragármela, paso la cara por encima del vaso para darme una miniducha. Con los ojos cerrados, imagino que estoy en Bretaña y que cae una lluvia

MAGARI (QUIZÁ)

AL IMBÉCIL QUE DESEMBARCA en Como, porque se ha creído todas las memeces impresas en las malas novelas, de inmediato le asalta una penosa intuición. No comprende, claro está, pero presiente que le han tomado el pelo. Esta sombra de malestar dura poco. El espectáculo majestuoso de las montañas que dominan el lago, con sus mosaicos de villas y ruinas, basta para arrebatarse el poco sentido común que todavía le quedaba. Huir le parece insensato, y por lo demás se niega a emitir un juicio demasiado apresurado. La sinfonía de verdes y rojos produce un efecto balsámico sobre su organismo. A pesar del calor húmedo que lo asfixia, se esfuerza por ser objetivo.

Hundido en la silla de una de las terrazas de Piazza Cavour, contempla ensimismado los barcos, sensible a su promesa de llevarlo lejos. «Quizá me vaya pronto», se complace imaginando, sin sorprenderse de la repentina flojera que se apodera de su cuerpo y de su espíritu.

Poniendo todo su empeño en no parecerse a aquellos pobres cretinos, Angelo degustaba su café en el interior del bar del hotel Métropol Suisse al tiempo que hojeaba *La Provincia*. En sus páginas se narraban las fechorías de un sádico, de cuya sexta víctima acababan de descubrir el cadáver mutilado al pie del Castel Baradello. El artículo daba muestras de un tacto exquisito en el manejo

del arte de la elipsis y los puntos suspensivos, pero las fotos que lo ilustraban carecían de esa loable elegancia. Eran repugnantes.

—Por todos los santos, ¿sabe usted dónde se esconde Ornella?

Angelo dio un violento respingo. El desconocido que acababa de dirigirle la palabra era un joven alto y pálido, cuya precoz calvicie quedaba compensada por una perillita rubia que le daba el aspecto de un chivo. Vestía un elegante traje gris perla y sujetaba la empuñadura de plata de un bastón de madera noble incrustada de nácar.

Sin comprometerse, Angelo emitió un leve chasquido con los labios que traducía bastante bien que lo ignoraba.

—Es increíble, no está por ningún lado. Disculpe que le haya abordado así, pero es que le vi ayer con ella en la Villa d'Este. Así que he pensado que podría informarme. Hace calor, ¿verdad?

Angelo lo admitió. Su compañero se dejó caer sobre la banqueta de enfrente, pues Angelo detestaba las banquetas.

—Me llamo Fernando Félez, pero mis amigos me dicen simplemente Nando. ¿Hace mucho que conoce a Ornella?

Desdeñando responder a la pregunta, Angelo manifestó la impresión desfavorable que había experimentado en la Villa d'Este, donde en efecto se encontraba la víspera. Pero solo.

—Comparto plenamente su opinión, amigo mío —convino Nando con repentina vehemencia—. Los americanos se han cargado el lugar. Ahora parece una colonia de vacaciones. ¡Es infecto!

Hizo una señal al barman y pidió dos Bellini.

—Champán y zumo de melocotón, es lo único que bebo por las mañanas. Parece que contiene tantas vitaminas como una naranja exprimida. Como el vino de kiwi. ¿Conoce usted el vino de kiwi que hacen en Nueva Zelanda?

Angelo nunca había oído hablar de él. Nando lo examinó con simpatía.

—Así que es usted —dejó caer a modo de conclusión—. Ornella está pillada a base de bien. A lo mejor no se equivoca, tiene usted pinta de buena gente.

Angelo sonrió tontamente. Para disimular, empezó a jugar con una moneda amarilla y blanca de doscientas liras entre los dedos de su mano izquierda. La monedita se le escapó y cayó al fondo de la copa de Bellini, lo que provocó un torbellino de burbujas.

—Da buena suerte —explicó sin dejar de sonreír.

Nando asintió con un gesto cómplice.

—Tenía que almorzar con Ornella en el club de tenis de la Villa dell'Olmo. Naturalmente, me ha dado plantón, como de costumbre. La adoro, pero hay días en los que con gusto la estrangularía. Almorzar solo es un rollo. ¿No le gustaría acompañarme?

Angelo no tenía nada en contra.

Ornella no leía más que *La Repubblica*, cuando conseguía acordarse del título. La mayoría de las veces se conformaba con el *Giornale*, más fácil de memorizar. Sentada en la terraza de Casa Pietro, en Piazza del Duomo, contemplaba los grandes titulares consagrados al sádico del lago sin lograr deshacerse de una vaga sensación de culpabilidad.

—Veamos —masculló—. He vuelto al olvidarme de algo. Pero ¿de qué?

Los turistas escrutaban con glotonería a aquella hermosa joven rubia de senos apenas disimulados bajo una camiseta que representaba a Mickey Mouse, cuyos ojos, situados exactamente en la punta de los pezones, parecían salirse fuera de las órbitas. Indiferente a la multitud que, de espaldas a la catedral, se remansaba frente a ella, Ornella se remangó la falda para refrescarse y se sumergió en la lectura del diario.

Una hora después, ya en la página de espectáculos, el anuncio de una vieja película francesa de Fernandel la hizo estremecer.

«¡Anda, qué curioso lo que siento al ver el nombre de Fernandel! Y sin embargo, no es mi tipo de hombre», se inquietó mientras intentaba analizar lo que le pasaba en el subconsciente.

TEATRO PÁNICO

HABÍA UNA FIESTECITA EN La Patinoire por el cumpleaños de Roger, el director del Teatro de Bolsillo. Todo el mundo parecía muy alegre, salvo él.

—¡Feliz cumpleaños, Roger! ¿Sabes que tienes un taxi a la puerta?

—Déjalo que espere. No tengo ganas de irme tan pronto.

No importa donde vaya, Roger necesita saber que un taxi lo espera. Hay que decir que Roger es una estrella. ¡Ah, lo olvidaba! La ciudad es Bruselas.

—¿Por qué tienes esa cara, Roger? ¿Por tu cumpleaños?

—No. ¿Sabes lo que le ha pasado a Bibi?

—¿Tu regidor?

—Sí, ese que fuma unos puritos italianos que apestan. Pues bien, entró en una clínica para que le extirparan las amígdalas. ¡Qué mala pata!

—¿Ha muerto?

—No, pero en lugar de quitarle las amígdalas, es a él al que han extirpado y tirado a la basura. Sus amígdalas siguen ahí.

—¿Dónde?

—Ahí, te digo, en la sala del fondo, sobre el taburete. Mejor ni te molestes en beber con ellas. A mí esas cabronas me dan un

EL AMOR AL DÍA

Por la mañana

Emma gime y sus párpados se estremecen. Sin estar todavía plenamente despierta, recupera la conciencia de la realidad. Su cuerpo le ofrece un primer surtido de sensaciones, una de las cuales le provoca una mueca. Veamos: tiene el pie izquierdo fuera de la cama, un rayo de sol le hace ver todo rojo, de forma intermitente, es divertido y... ¡Ah, sí! Eso es lo que resulta molesto: la almohada está húmeda debajo de su nuca e incluso le ha mojado la mejilla. Emma abre los ojos y reconoce su osito de peluche. Exhibe una sonrisa que la hace aún más bonita.

—Te haces viejo, mi pobre Bobby. Tengo que encontrarte un sustituto.

De un papirotazo, lanza a Bobby sobre la moqueta y se vuelve hacia el videófono. En la pantalla, Starsky tiene cara de haber dormido poco.

—Tengo ganas, querido.

—Espera dos segundos, voy a cerrar la puerta. Hay un tipo de la agencia en la habitación de al lado.

Él desaparece de la pantalla. Ella aprovecha su ausencia para echar las sábanas a un lado y subirse el camisón.

—Soy todo tuyo, querida.

Él se ha bajado el pantalón, su mano aferra su sexo. Mirándose a los ojos, llegan rápidamente al orgasmo. Ella ni siquiera

ha tenido necesidad de utilizar el vibrador que él le regaló por su cumpleaños.

—Hasta luego, querido. Tengo que darme prisa, voy a llegar tarde a la oficina.

—Luego nos vemos, preciosa. También yo tengo curro. El tío de la agencia me espera.

Ella le lanza un besito y apaga la imagen. Este nuevo videófono es extraordinario. La pantalla es un poco pequeña, es verdad, pero la impresión de relieve es sensacional.

Por la tarde

—¿Me acompañas a las Galerías? Voy a comprarme otro osito.

Muriel abre los ojos como platos. Es una chica grande y graciosa con pecas por todos lados.

—¿Por fin te has decidido a separarte de tu antigualla? ¡Enhorabuena!

—Entonces, ¿sí o no?

—Pues claro que voy. Pero mejor vamos al Bazar. Tienen un nuevo modelo automático.

Emma enseguida siente un flechazo por Jacky. ¡Carísimo, el bicho! ¡Pero qué clase!

—No lamentará su elección —afirma el tipo de la caja—. ¿Pagará con tarjeta de crédito o en efectivo?

—En especie.

—Entonces, pase al saloncito. Desnúdese, que enseguida voy. A Muriel los ojos le hacen chiribitas.

—¡Mira qué vaqueros! ¡En los mercadillos ya no los encuentras y aquí todavía tienen todo un cargamento!

—¿Son caros? ¿Cómo has pagado?

—En especie. Un servicio. ¡Y tú, mira que has tardado!

VERY SELECTED OLD PRODUCT

—¿Y ENTONCES? ¿Sí o no? —inquire la baronesa, apuntando con el índice hacia un almohadón.

El barón se encoge de hombros. Lo ignora.

Para saber a qué atenerse, hacen venir a un experto de París. Mete el dedo, lo prueba. Finalmente, emite su veredicto.

—No cabe duda. Es mierda, desde luego, y muy antigua. La compro.

El barón habría vendido sin problemas. Pero con la baronesa, ¡nada que hacer!

VELADA MORTAL

LA MUERTE ESTABA DE MORROS.

Estaba furiosa con Mala Pata, su amigo del momento, que la había arrastrado a aquella espantosa velada mundana. La Muerte detestaba este tipo de reuniones; ella prefería a los pobres, los enfermos, los soldados. O en todo caso, las autopistas. Pero en aquel salón se sentía fuera de lugar. El ambiente era demasiado parisino, demasiado superficial. Se aburría entre aquella gente que hablaba de nada, se reía por poco, ponía de vuelta y media a sus amigos y se deshacía en elogios por aquellos a los que detestaba. La Muerte tenía la impresión de perder el tiempo. Buscó a Mala Pata para convencerlo de que se marchasen. Se lo encontró, como es natural, mariposeando entre unos y otros, feliz como una aceituna en un dry martini.

Había un editor muy alto, muy miope, elegante desde la punta de los pies hasta la punta de sus cabellos plateados, un artista conceptual con los brazos desnudos constelados de quemaduras de cigarrillo, un cantante tolosano de equilibrio inestable, una actriz en declive, una ex estrella del porno pija, un oncólogo neuras-ténico, un jefe de cocina inspirado en pleno periodo cubista, un director de cine elucubrando sobre la sacralización de los senos en las sociedades industriales, una peluquera peluda, un navegante ebrio, dos gemelas brasileñas asiduas del Bois de Boulogne, una redactora de moda, un periodista de *Le Monde* volado, un indus-